

ANNETTE CURTIS KLAUSE



EL LIBRO
QUE INSPIRÓ
LA PELÍCULA

LA MARCA
DEL LOBO



Cuando tenía dieciséis años, Vivian Gandillon tuvo la mala fortuna de presenciar el asesinato de su familia a manos de una jauría enloquecida. Desde entonces, es de las pocas supervivientes de una singular especie que le permite llevar una doble vida como frágil muchacha y, al mismo tiempo, feroz mujer lobo. Fiera y dulce a la vez, Vivian anhela una existencia normal... Pero ¿qué significa «normal» para un ser tan particular como ella? Un día, se enamora de un hombre educado y servicial, que además conoce al dedillo los ambientes más sórdidos de la ciudad: los lugares donde precisamente se refugian los últimos hombres lobo. Aiden conseguirá que aflore el lado más sensible de Vivian... pero no logrará acabar con su parte más salvaje...

Índice de contenido

Cubierta

La marca del lobo

MAYO

MAYO-JUNIO DEL AÑO SIGUIENTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

JULIO

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

AGOSTO

22

23

24

25

26

27

28

SEPTIEMBRE

29

30

Sobre el autor

Dedico este libro a mi madre, aunque se que
preferiría criaturas más tiernas y agradables

Para ti puedes matar, y para tus compañeros, y
para tus cachorros, tanto como necesiten;
pero no mates por el placer de matar, y siete
veces *nunca mates al Hombre.*

RUDYARD KIPLING,
«*La ley de la jungla*»

Atemorizado, corrí de un lado para otro; notaba
en la boca el gusto a sangre y el gusto a
chocolate, lo uno tan repugnante como lo otro.

HERMANN HESSE,
«*El lobo estepario*»

MAYO

LUNA ESPECTRAL

Las llamas saltaron iluminando la noche con su luz carnavalesca. Las chispas ocuparon el lugar de las estrellas. La posada centenaria erguía su silueta frente a un infierno y todo cuanto Vivian conocía estaba siendo consumido por el fuego.

Dos figuras, con el pijama negro de hollín y el rostro pálido de terror, salieron por la destrozada puerta delantera y corrieron hacia el bosque donde ella estaba. Quien las había sacado a empujones desapareció de nuevo en el interior. Otra ventana estalló en pedazos.

También ardían tres de las cabañas y el granero. Los caballos relinchaban aterrorizados mientras un puñado de adolescentes los espantaba para alejarlos del establo.

En las colinas del oeste de Virginia, a muchos kilómetros de distancia de la ciudad más cercana, no esperaban la llegada de los bomberos.

A sus espaldas una mujer se lamentaba.

—Lo han hecho a propósito. Le han prendido fuego para echarnos.

—Métela en una camioneta —gritó una voz masculina—. Voy a buscar el otro coche.

—Ojo con los francotiradores —respondió a gritos la voz de otra mujer—. Podrían estar esperando para matarnos mientras nos vamos.

—Iremos a Maryland —dijo la madre de Vivian—. Nos reuniremos en casa de Rudy.

Vivian sintió que alguien tiraba de ella. Su madre, Esmé, había llegado jadeando a su lado.

—He metido a la tía Persia en mi coche. ¿Dónde está tu padre? —A solas con su hija, chilló de pánico.

—Ha vuelto a entrar —respondió Vivian, la voz ronca por el humo y las lágrimas—. Con Gabriel y Bucky.

—¡Ivan! —Esmé quiso echar a correr hacia la casa, pero Vivian la agarró del brazo y se lo impidió.

—¡No! No podéis entrar los dos. No lo soportaría.

Esmé forcejeó para soltarse pero, a sus quince años, Vivian ya tenía tanta fuerza como ella.

—No puedes impedírselo —dijo—. Juró proteger a la manada.

—Necesito estar con él —suplicó Esmé—. También son los míos.

«¿Qué he hecho?», pensó Vivian. Aquello no habría ocurrido si les hubiera parado los pies a los chicos. Si hubiera dicho a su padre que se habían descontrolado.

Unas siluetas emergieron de detrás de la casa. Bucky guiaba a una joven delgada, no mucho mayor que Vivian. Gabriel llevaba en brazos un bulto que berreaba.

El fuego rugía triunfal. Luego, como si acabara de partirse la columna vertebral de un gigante, la viga principal del edificio cedió con un crujido ensordecedor y el tejado se hundió con una explosión de chispas y llamaradas.

—¡Papá! —gritó Vivian.

Pero era demasiado tarde.

MAYO-JUNIO DEL AÑO SIGUIENTE

LUNA DEL SOLSTICIO DE VERANO

1

—Mamá, te has vuelto a pelear.

Vivían miró airadamente a su madre.

Esmé Gandillon se había repantigado en un sillón, con una pierna larga y delgada colgando del reposabrazos. No dejó de sonreír. El corte de la mejilla le sangraba un poco todavía.

—Estás horrible —dijo Vivían.

—Pues deberías ver a la otra perra —contestó Esmé. Se rascó el cráneo lujuriosamente con ambas manos y se ahuecó la espesa melena rubia.

Vivían suspiró y se le acercó para limpiarle la mejilla con un pañuelo de papel de la caja que había en la mesilla. Acabaría destrozándose aquella cara tan bonita.

—¿No podéis tener la fiesta en paz, Astrid y tú? —Así habían sido las cosas desde su llegada del oeste de Virginia hacía ya más de un año. Apenas reconocía a su madre—. ¿No podéis? —repitió.

—Te ha llamado Rafe —dijo Esmé sin responder a su pregunta.

Vivían puso los ojos en blanco. Lo que faltaba. Aquel hombre no entendía una indirecta.

Esmé se incorporó y miró a su hija a los ojos.

—Creía que estabas con Rafe y los demás.

—Pues no. —La sola idea le ponía los pelos de punta. Aquellos chicos, los únicos de su edad, acabarían matando al resto del grupo si no cambiaban de actitud.

—¿Y dónde estabas?

Vivian se dio la vuelta para salir de la habitación. ¿Desde cuándo a su madre la preocupaba tanto su paradero?

—He bajado al río, a las rocas —dijo por encima del hombro.

—¿Qué hacías allí?

—Nada.

Al salir de la habitación, Vivian oyó el gemido de frustración de su madre.

¿Por qué Esmé tenía que estar hablando siempre de Los Cinco? ¿No le entraba en la cabeza que Vivian no quería estar con ellos?

Se le formó en el pecho el nudo de siempre, apretado y doloroso. El incendio del año anterior había sido culpa de Los Cinco... y de Axel. Entró en su habitación y cerró de un portazo. La cara interior del batiente estaba llena de arañazos. Vivian sacó las uñas y marcó otro.

Axel había tenido que perder la cabeza y matar a esa chica.

Se había comportado de un modo cada vez más extraño en primavera, diciendo locuras. Vivian los había oído a él y a Los Cinco alardeando de haber visitado la ciudad de noche y acechado a los humanos en la oscuridad para asustarlos mortalmente. Sus andanzas parecían divertidas. Vivian los había obligado a que la llevaran con ellos. Pero empezó a haber rumores en el colegio. La gente estaba nerviosa. Cuando Vivian sugirió que dejaran sus correrías, Los Cinco se burlaron de ella.

Luego Axel empezó a salir solo, de un modo que a ella le extrañó. Ya no hablaba tanto. Sacaba de quicio a Vivian.

«Estaba medio enamorada de él —pensó mientras se quitaba los leotardos—. Rafe creía que yo era su chica, pero le hubiese dejado sin dudarlo por Axel. —Resopló disgustada—. Mis sentimientos por Axel me cegaron».

Aun viendo a los chicos descontrolados, no había hecho nada. Tendría que haber contado lo sucedido a su padre,

aunque eso hubiese significado sufrir también ella las consecuencias. Pero una no se chiva de los amigos, ¿no?

Y entonces, la noche del baile de San Valentín, Axel fue solo a la ciudad y mató a una chica detrás del colegio.

Vivian aún se sofocaba de ira cuando recordaba lo que Axel había hecho. No podía evitar pensar que había matado a esa chica por cualquier insignificancia, por haberle rechazado, por ejemplo. «Cuando podía tenerme a mí», se dijo con amargura.

Debía de estar transformándose de nuevo cuando un compañero de clase le vio agachado sobre el cadáver. Antes de que Axel se diera cuenta de su presencia, fue corriendo a delatarlo a la policía.

Los Cinco, resueltos a ayudarle, mataron a otra chica mientras Axel estaba en prisión. No contaron sus planes a Vivian, seguramente porque supusieron que se opondría. «Y tenían razón», pensó aunque sin convicción.

¿Cómo podía un chico estar cubierto de pelo? ¿Cómo podía un humano infligir tales heridas? Eso había argumentado el abogado de la familia en defensa de Axel. La nueva muerte mientras estaba entre rejas demostró que un animal salvaje andaba suelto. Seguramente Axel había descubierto el primer cadáver, sentido pánico y huido. El caso fue desestimado.

Alguien, no obstante, dio crédito a la historia de un testigo que afirmaba haber visto a un lobo convertirse en humano. Una noche la posada y sus dependencias estallaron en llamas en seis puntos distintos. El acre humo negro ocultó la luna.

A finales del siglo XVII sus antepasados habían emigrado al escasamente poblado Nuevo Mundo huyendo de la histeria contra los hombres lobo que imperaba en Francia y se habían asentado en la salvaje Luisiana. En el siglo XIX, en Nueva Orleans, los trillizos Verdun habían incumplido la prohibición de probar la carne humana y la manada se había mudado precipitadamente al oeste de Virginia, donde

se le habían unido los restos de una manada alemana de Pensilvania. El año anterior el apetito por lo prohibido había vuelto a triunfar y la manada había tenido que huir de las colinas que habían sido su hogar durante cien años para refugiarse en los suburbios de Maryland. Cinco familias y varios individuos más vivían hacinados en la desvencijada casa victoriana del tío Rudy, en Riverview. Con un poco de suerte, nadie les seguiría la pista. Se abrirían de nuevo camino.

La casa de la calle Sion fue vaciándose poco a poco a medida que todos encontraban trabajo y un lugar donde vivir, hasta que sólo quedaron Vivían, Esmé y el tío Rudy. Vivían creía que para entonces ya habrían hecho planes de futuro, pero la manada entera, su madre incluida, parecía haberse vuelto loca. Con más de la mitad de sus miembros muertos, el resto había perdido el sentido del lugar. Continuamente había riñas. Su supervivencia dependía de la capacidad que tuvieran de integrarse mientras se organizaban y decidían adonde irían a vivir de forma permanente, pero la manada parecía a punto de estallar en una bola de pelos al viento en cualquier momento. Necesitaban un líder desesperadamente pero no se ponían de acuerdo en quién iba a ser.

«Integrarme —pensó Vivían—. Ojalá pudiera».

Había pasado el verano escondida en su habitación, durmiendo casi a todas horas y, a primera hora de cada mañana, cuando los hombres lobo vuelven a casa para cambiar la piel, Vivian oía llorar desconsoladamente a su madre delante de la ventana abierta del dormitorio por alguien que ya nunca volvería.

Cuando había empezado el curso en el instituto, sin embargo, Vivian ya comía con bastante regularidad y Esmé había encontrado un trabajo de camarera en Tooley's, un tugurio de la ciudad. Poco a poco, llegar al final del día se hizo más soportable. Ya no estaba agotada cuando llegaba a